

## *La mujer moderna en la olvidada narrativa de un autor decimonónico profeminista: Jacinto Octavio Picón*

IVÓN VALDÉS SÁNCHEZ

### RESUMEN

Para algún crítico Jacinto Octavio Picón es el mejor novelista naturalista español. Su creencia en el amor como fuerza motriz de la vida le lleva a escribir sobre la mujer. Dos modelos elige, la «mal casada» víctima de los hombres o la «seductora» que se aprovecha de ellos. Acusa que la sociedad no entendiera a la mujer como persona con derechos y deberes, abogando en 1890 por el «amor libre» o lo entenderíamos hoy como «pareja de hecho». Defiende el derecho natural de toda mujer a rehacer su vida sentimental, criticando las leyes que las trataban como menores de edad y amparaban a sus malos maridos.

**Palabras clave:** Relaciones de hecho; feminismo y amor libre.

### ABSTRACT

For some critics Jacinto Octavio Picón is the best Spanish naturalist novelist. His belief in love as the driving force of life leads him to write about women. He chooses two models, the «unhappily married» men's victim or the «seducer» who takes advantage of them. He accuses society of not having understood women as people with duties and rights, pleading in 1890 for «free-love» or what nowadays we would call «pareja de hecho». He defends women's natural right to re-start their sentimental life, criticising the laws that treated them like underage and protected their bad husbands.

**Key Words:** Pareja de hecho pro-feminism free-love.

Jacinto Octavio Picón es un narrador olvidado por la crítica literaria<sup>1</sup>. Autor de numerosos cuentos y ensayista de arte pertenece a la «generación glo-

---

<sup>1</sup> Excepto por críticos como Gonzalo Sobejano y Noël M. Valis en: J. Octavio Picón: *Dulce y sabrosa*, ed. Gonzalo Sobejano (Madrid: Cátedra, 1990<sup>3</sup>). Noël M. Valis: *Jacinto Octavio Picón, novelista* (Barcelona: Anthropos, 1991).

riosas» de 1868, cuyas novelas naturalistas están a la altura de las de Leopoldo Alas, Valera, Pérez Galdós, Pardo Bazán, Palacio Valdés y otros.

¿A qué se debe este olvido? Las causas son múltiples. La primera sería que es un escritor entre dos generaciones, entre «los viejos y los nuevos», entre la generación que defiende el espíritu de «libertad de pensamiento» de 1868 y la del desastre o «regeneracionista» de 1898. Fue valorado por algunos de los críticos coetáneos como anticlerical y profeminista y por lo tanto poco recomendable para el sector conservador. Además, nuestro creador escribe su última novela dentro del primer cuarto del siglo XX, y aparecen numerosas figuras literarias en la España de este tiempo, más modernas, sin su estilo decimonónico, algo caduco y clásico, del cual hizo gala en su estilizada prosa narrativa.

A Picón como a Leopoldo Alas les olvidaron a propósito, es decir, no se editaron sus obras porque la ideología que dominaba en el tiempo que les tocó al morir, no estaba a la altura de sus escritos: les acallaron, pues no olvidamos que la industria editorial se mueve por modas e ideologías, más aún en la época en la que la bipolarización de España se hacía cada vez más evidente.

Nos encontramos con una serie de autores que defienden un credo liberal, y que son incómodos para los elementos conservadores más tradicionales que ven en sus obras un peligro contra sus idearios reaccionarios. Estos escritores, muchos de ellos republicanos clásicos, escriben novelas que hablan de las relaciones entre los sexos, de la familia, de las relaciones de pareja fuera del matrimonio y sobre todo libros para mujeres, con nuevos planteamientos ante la posición de éstas en el mundo.

Jacinto Octavio Picón hizo siempre gala en su vida y escritos de un gran moralismo<sup>2</sup>. Liberal reformista, en palabras de Sobejano, no se puede separar su obra de su personalidad, que unidas trazan su curiosa biografía. Su madre de origen francés le educó en el escepticismo y en lo mejor del liberalismo; su padre, Gobernador de varias provincias y Magistrado de la Audiencia de Madrid, le inculcó el deber de denunciar lo injusto. Su tío, José Picón, autor de numerosas zarzuelas, como la conocida *Pan y toros* (1864), le enseñó el Madrid más costumbrista y castizo, lleno de tipos sociales, y la utilización de los sucesos cotidianos del pueblo como materia narrativa.

Fue elegido miembro de la Real Academia Española de la Lengua en 1900, gracias a los votos de Pérez Galdós, Sellés y otros, sustituyendo a Emilio Castelar. Su discurso lo dedicó a este gran político y orador, contestándole Juan Valera. En él nos dice de Castelar: «Aristócrata por su temperamento y su cultura, pero profundamente liberal por convicción y por instinto, fue la personificación del espíritu individualista y democrático de nuestro tiempo: a la libertad se lo pidió todo y todo lo esperó de ella, persuadido de que todo puede

---

<sup>2</sup> Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo: *Los cuentos de Jacinto Octavio Picón*, Memoria Inédita de Licenciatura. Facultad de Filología (Madrid: Universidad Complutense, 1977), p. 53. Nos cuenta que la moral de Picón «es una moral natural, basada en la libertad del individuo, en cuya balanza pesa mucho menos, por ejemplo, los pecados de la carne que los pecados sociales».

darlo. Sus consejos al pueblo están condensados en estas admirables palabras: “No te fíes de remedios que no sean tus propios derechos... Busca la justicia, y el bien se te dará por añadidura”<sup>3</sup>.

Tanto sus convicciones liberales como el temperamento aristocrático y el ansia de libertad, justicia y verdad, son los mejores atributos que podemos decir que poseyó, y que fueron reconocidos por la mayoría de los escritores de la generación a la que pertenecía. Sin embargo, no quiso participar en política. Sus experiencias le enseñaron que quienes en la Cámara parecían duros contrincantes, en la calle «confabulaban como chalanos de feria». Le desanimó la falta de verdaderas ganas de transformar la vida pública de España, el reparto de prebendas y cargos, el caciquismo de la España profunda. Sólo a principios de siglo le convencieron para participar en la conjunción republicano-socialista, saliendo elegido diputado por Madrid junto a Galdós, Blasco Ibáñez y otros. Fue siempre utópico y pragmático, veía la mejora de la sociedad conviviendo con el pueblo, dejando su vanidad fuera de escena como verdadero presocrático.

Su dandismo y galanura, su silencio en las numerosas tertulias en las que participaba, hablando con sentido común cuando se le pedía opinión, atrajo la simpatía de conservadores y liberales, haciendo grandes amigos entre los dos bandos. Dejando claro que la amistad andaba muy por encima de cualquier ideología, demostrando que es posible respetar las opiniones ajenas y que cualquier «lucha», si es justa y educada, se ganaba el respeto de los contrincantes.

Miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en sus escritos reflexiona sobre el arte. Con una cultura poco habitual sobre la Antigüedad clásica, que «populariza» en sus narraciones, nos da una idea de la gran comprensión de un escritor que no sólo se preocupaba de los problemas cotidianos del Madrid de entonces, sino que nos acerca a la belleza de manera natural, recobrando un sentido de lo estético lejos de amaneramientos artificiosos, más cerca de la verdad y de la bondad que de romanticismos caducos.

Defensor de la paz y del entendimiento, fue miembro de una expedición que en octubre de 1916 viajó en compañía del Duque de Alba, Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Manuel Azaña y otros intelectuales en misión diplomática a Francia. Allí visitaron los campos de batalla y los pueblos destruidos por los alemanes, leyendo en la Sorbona un discurso y recibiendo del gobierno francés la Encomienda de la Legión de Honor.

La muerte de su hijo Jacinto Felipe en 1917, con cuarenta años, que había sido elegido dos veces diputado conservador a Cortes y miembro del Patronato del Museo de Arte Contemporáneo, le apartó de su trabajo como escritor. Ya no pudo escribir más, se refugió en sus deberes de bibliotecario de la Real Aca-

---

<sup>3</sup> *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de D. Jacinto Octavio Picón. El día 24 de junio de 1900* (Madrid: Establecimiento tipográfico de Fortanet, 1900), p. 38.

demia Española que comenzaron en 1914, vicepresidente del Museo del Prado y secretario de la Junta de Iconografía Nacional. Dedicó parte de su tiempo a la revisión del nuevo *Diccionario de la Lengua Española*, junto a Maura y Rodríguez Marín.

Pero lo que nos interesa ahora resaltar es su condición de autor profeminista. En casi todas sus novelas nos describe la vida social y amorosa de sus heroínas, destacando en particular: *La hijastra del amor* (1884), *Dulce y sabrosa* (1891), *Juanita Tenorio* (1910), *Sacramento* (1914), una colección de cuentos publicados en sus Obras Completas bajo el título: *Mujeres* (1911).

Partidario del divorcio<sup>4</sup>, defensor de los derechos del sexo femenino, encontramos en él uno de los pocos creadores que escribieron sobre los problemas conyugales de las esposas decimonónicas, denunciando las leyes que las sujetaban al marido. Amando de Miguel resume con acierto que: «las narraciones de Jacinto Octavio Picón, entre 1882 y 1914, adelantan el tipo de mujer moderna mucho antes de que se hiciera real»<sup>5</sup>.

Es este modelo el que vamos a estudiar. Pero antes diremos que en las obras que empiezan a publicarse en esta época la relación entre los sexos se convierte en un tema importante para conocer los fundamentos ideológicos de la sociedad burguesa. Ofrecen dos concepciones totalmente opuestas: en la primera, el matrimonio no es una institución para que se realicen el hombre y la mujer, forma la familia, que es lo importante, se busca la estima social y el bienestar material. El amor queda así en un segundo plano, lo importante es que con el tiempo y la convivencia se convierta en afecto mutuo. Si no era así, ellas sufrían las consecuencias, siendo para las leyes menores de edad a cargo de sus maridos. Ésta es la visión conservadora y *tradicional* de la mujer, que no tiene acceso a la misma educación que el hombre, pues para ser un «ángel del hogar» sólo necesita saber coser, bordar, cocinar y sobre todo rezar. No puede elegir libremente la forma de ganarse la vida, puesto que su lugar está en la casa, mientras el esposo tiene su espacio en la sociedad. Así pues, si cae en la desgracia de la viudez, sólo puede trabajar haciendo labores domésticas como criada, o dedicarse a la prostitución más o menos velada. Las muchachas primero se hallaban subordinadas a su padre y después a su marido, siendo su principal función social la de ser madre, aunque careciera de la potestad sobre sus hijos.

La segunda concepción, de ascendencia romántica, rechaza el contrato matrimonial a favor de la absoluta libertad de los sentimientos: «la idea de que la libertad de los sentimientos debe ser absoluta y que nadie tiene derecho a reprimirla con pretextos morales incide de modo especial en la visión romántica

---

<sup>4</sup> Así lo manifiesta en la encuesta realizada por Carmen de Burgos en 1903 sobre el divorcio para el *Diario Universal*: según la autora 1.462 personas se pronunciaron a favor y 320 en contra. (Recogido por Geraldine Scanlon: *La polémica feminista en la España Contemporánea 1868-1974* (Madrid: Akal, 1986), p. 144).

<sup>5</sup> Amando de Miguel: *El sexo de nuestros abuelos* (Madrid: Espasa-Calpe, 1998), p. 164.

del amor»<sup>6</sup>. Nuestro escritor está alineado con estos últimos. Piensa que el amor auténtico es incompatible con el matrimonio, ya que la plenitud, en caso de conseguirla, es siempre efímera. El amor es pues para nuestro autor la máxima de toda su narrativa, sin él, el ser humano se halla despojado de su más íntima humanidad. Así lo había entendido el famoso periodista *Andrenio*: «El tema que domina en sus novelas es el amor y el amor en rebeldía con las preocupaciones y con las normas sociales. Picón se esfuerza en demostrar en sus novelas que la mujer ilegítima puede ser mejor y más capaz de encaminarnos hacia la felicidad que la legítima. En suma, su posición es análoga a la de los románticos que reconocen en el amor cierta justificación intrínseca, una como afinidad electiva de la Naturaleza, que le exime de las reglas y convenciones sociales y le coloca más allá de la moral corriente»<sup>7</sup>.

Sus narraciones dan un importante papel a la mujer, víctima del desengaño amoroso, «desheredada» por culpa de los hombres, desposeída de todo derecho, que lucha por su dignidad. Halla en la abandonada un tema para sus obras, así como denuncia la falsedad e hipocresía con la que la sociedad la trata a la hora de enjuiciar sus actos, sin conocer las causas y consecuencias de los mismos.

Pero no sólo describe en sus novelas y cuentos a damas que sufren la iniquidad de los hombres, también traza la vida de las seductoras, «en posesión de una belleza y condición social suficientes para dominar a su antojo al sexo opuesto»<sup>8</sup>, encontramos así bellezas intrigantes, ambiciosas, «dominadoras». A este tipo parece referirse Ezama cuando caracteriza a los protagonistas del cuento finisecular, la mayoría de la clase media, estereotipados, familiares para los lectores que los ven en unos relatos y otros «como la mujer joven, voluptuosa y carnal, hecha para el placer, la mujer de clase media, egoísta y dominadora de su marido; el hombre de clase media, de mediana edad, enriquecido mediante el trabajo; o el viejo verde»<sup>9</sup>. Además de la joven libidinosa, la mujer dominadora y el hombre trabajador, añadimos el *mal marido*, que se sirve de la riqueza que aportan ellas al connubio para no trabajar y gastar los bienes en juego y placeres. Abandona el núcleo familiar y no se responsabiliza de sus hijos y para colmo maltrata a su esposa. Es este el prototipo de hombre que denuncia Picón en su narrativa, no comprende que la sociedad haya legislado sobre *la mala madre* y no sobre el *mal marido*.

Tanto para Ángeles Ezama como para Enrique Miralles, el arquetipo femenino que describe no es nada tradicional y sí moderno. El primero se en-

<sup>6</sup> Rolf Eberenz: *Semiótica y morfología textual del cuento naturalista* (Madrid: Gredos, 1989), p. 117.

<sup>7</sup> Eduardo Gómez de Baquero: *Andrenio: El renacimiento de la novela en el siglo XIX* (Madrid: Mundo Latino, 1924), p. 91.

<sup>8</sup> A. Ezama Gil: «El profeminismo en los cuentos de Picón», en *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, (Zaragoza: 1994), I, pp. 171-178.

<sup>9</sup> A. Ezama Gil: «El cuento entre 1864 y el fin de siglo», en *Historia de la Literatura Española, Siglo XIX*, II (Madrid: Espasa-Calpe, 1998), p. 705.

cuentra sujeto a todos los convencionalismos, «ha recibido un tipo de educación superficial, necesita una dote para casarse, cuando soltera no puede frecuentar libremente la compañía de su novio, después de casada se convierte en un adorno del hogar, perfecto exponente de virtud (al menos en apariencia), que pertenece al marido en cuerpo y alma, y que sólo se ocupa de brillar en el trato social. La segunda, representada en los cuentos de Picón, es una mujer inteligente, culta, de pensamiento independiente y de gran honestidad, que se opone a los convencionalismos»<sup>10</sup>.

Es uno de los primeros escritores naturalistas del prototipo femenino moderno en España, de mujeres que actúan con liberalidad, y luchan por encontrar «el amor verdadero», se rebelan contra las trabas sociales a fin de conseguir su felicidad, dispuestas a sobreponerse a las desgracias, astutas hacia la pasión y el afecto, capaces de superar todas las barreras sociales para conseguir sus objetivos, que prefieren vivir en «libre convivencia» antes de sujetas a las normas sociales de matrimonio o soltería.

Nuestro autor se adelanta a su tiempo en la formulación de sus problemas en la sociedad en la que vive y no está dispuesto a transigir con los modelos culturales dominantes. Juega además con la imagería religiosa, el símbolo de Magdalena es para él el ejemplo femenino moderno, que cae y se levanta por su propia fuerza interna, que tiene derecho a rehabilitarse no sólo a sus propios ojos sino ante los de una sociedad a la que exige respeto por lo que ha sufrido. Recordemos que Matilde Cherner, cuya ideología es como la de Picón, la republicana, escribe *María Magdalena*, novela que narra las memorias de una prostituta<sup>11</sup>.

Según Casaldueiro: «La exigencia del siglo XIX, última consecuencia del cristianismo, es la plena realización de la personalidad moral de la mujer, independiente y autónoma del hombre. No se trata de un problema político o social sino la manera de concebir la personalidad humana»<sup>12</sup>. Acierta el crítico a enseñarnos que lo que pretendían numerosas novelas realistas y naturalistas era que se conociese otro modelo que la devota madre ejemplar, que sacrifica su existencia por el bien de la familia. La otra pauta que nos habla nuestro novelista, es la que ama sin conveniencias sociales, pide un respeto para sí como persona, quiere aprender y trabajar como el hombre y que puede o no, ser madre.

<sup>10</sup> A. Ezama Gil: *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900* (Zaragoza: Universidad, 1992), pp. 154-155; Enrique Miralles: «La narrativa naturalista: Picón, Coloma y Ortega Munilla», en *Historia de la Literatura Española*. p. 741.

<sup>11</sup> María del Carmen Simón Palmer: «Mujeres rebeldes», en *Historia de las Mujeres*, ed. Georges Duby y Michelle Perrot (Madrid: Taurus, 2000), IV, p. 661; J. Octavio Picón en *Dulce y sabrosa* dice: «El Redentor perdona a la adúltera, y por haber amado mucho, María de Magdalena es preferida y escogida entre todas para que, merced a su intervención, se funde el sagrado misterio de la Resurrección. No: no quiso el Redentor, después de muerto, aparecerse a ninguna virgen ignorante, a ninguna casada cumplidora de sus deberes, a ninguna viuda sorbida por la devoción; sino que radiante de esplendorosa gloria, circundado de luz, se apareció a una pobre pecadora» (pp. 164-165).

<sup>12</sup> Joaquín Casaldueiro: *Vida y obra de Galdós* (Madrid: Gredos, 1961<sup>2</sup> amp.), p. 107.

Cree que la igualdad entre los sexos comienza ante los sentimientos, ante el amor; es, pues, para Noël Valis uno de los primeros profeministas españoles, que defendían un único código moral para ambos sexos, aunque la idea de liberación sexual, en el caso de la mujer, que no iba a predominar hasta nuestros días, les era, con pocas excepciones, anatema: «En este sentido, no sería exagerado mantener la defensa piconiana de una libertad sexual para el hombre y la mujer, a la larga, resultaría más significativa de lo que quizá se pensara a primera vista. Pero en el fondo lo que el novelista quería era algo aún más elemental: la afirmación sagrada del derecho a la vida»<sup>13</sup>.

Para nosotros, Picón pretende concienciar a sus contemporáneos de que el matrimonio no está hecho para sufrir, sino para convivir en la mejor armonía posible; pero, si ésta no es posible, tanto el hombre como la mujer tienen un *derecho natural* a rehacer sus vidas sentimental y emotivamente.

Creemos que no sólo se preocupa de las repercusiones que tiene el amor para la pareja casada o en noviazgo, sino que apuesta por el «amor libre» o lo que entenderíamos hoy en día por «pareja de hecho». Es sin duda el primer escritor de su generación que se adelanta a su tiempo con estos pensamientos que quedan bien expuestos en *Dulce y sabrosa* (1891). Cuando Cristeta, abandonada y mancillada por Don Juan, le reconquista con sus mismas armas y le pide éste en matrimonio, responde: «Lo que yo quiero no es tu libertad, sino tu cariño. ¿Casarnos? ¿Para qué? ¿Para darte por seca y rigurosa obligación lo que por libre y complacido albedrío quiero que sea tuyo? ¿Para mermar a la pasión el encanto de la espontaneidad? ¿Por ventura serán entonces más cariñosos tus besos, más prietos tus abrazos? ¿Tendremos mayor firmeza en la confianza ni más brava abnegación en la desgracia? ¿Qué ceremonia, qué rito, que fórmula ha puesto el Señor por cima de ese anhelo con que mi pensamiento quiere volar para hacer nido en tu alma?»<sup>14</sup>.

Pura Fernández nos recuerda que «novelistas como E. Rodríguez Solís —*Eva* (1880), *Evangelina. (Historia de tres mujeres)* (1883)— o J. O. Picón —*La Honrada* (1890), *Dulce y sabrosa* (1891)—, abogan por la aceptación del divorcio como remedio de mayores males, si bien propugnan el establecimiento de las uniones libres fundadas en el amor, sin trabas burocráticas»<sup>15</sup>. Según piensa nuestro ilustre novelista si existiera el divorcio los hombres tratarían mejor a las mujeres, disminuiría el número de matrimonios por conveniencia y el amor sería la fuente principal de unión entre dos personas. Mientras, los que estaban en contra de éste lo defendían con los siguientes argumentos: la mujer debía de resignarse y sufrir por el bien de la familia, el divorcio era si-

<sup>13</sup> N. M. Valis, p. 188, así lo afirma Sacramento: «¡Defiendo mi derecho a la vida!», en J. Octavio Picón: *Sacramento, Obras Completas V* (Madrid: Renacimiento, 1922), p. 317.

<sup>14</sup> J. Octavio Picón, *Dulce y sabrosa*, p. 348.

<sup>15</sup> Pura Fernández: «Moral social y sexual en el siglo XIX: la reivindicación de la sexualidad femenina en la novela naturalista radical», en *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*. Iris M. Zavala (Coord.) (Barcelona: Anthropos, 1996), III, pp. 95-96.

nónimo de deshonra, con lo que si se aceptaba el divorcio el hombre tendría plena libertad para buscar placer donde quisiera (¿no era así ya?), abandonando las sagradas responsabilidades que había adquirido al casarse, como la manutención de la prole. La Iglesia defendió junto con muchas señoras que no se aprobara ni el matrimonio civil ni el divorcio.

Gonzalo Sobejano divide sus novelas según el carácter de sus heroínas, entre las seducidas o Fortunatas, (Clara, Cristeta, Juanita) y las mal casadas o Jacintas, (Plácida, Consuelo, Sacramento). Aclara que la postura piconiana no llega a extremos abiertamente feministas, sino a un «acercamiento» de posiciones entre los sexos. Para nosotros es esta aproximación lo importante en su obra, aunque nuestro escritor tuvo como ejemplos novelas como *Madame Bovary* de Flaubert, *Bel Ami* de Guy de Maupassant, *Naná* de Emile Zola, entre otras.

Dos figuras representativas de la feminidad de la época representa nuestro autor en un cuento titulado «Desencanto», y en su novela *Sacramento*. «Desencanto» es el primer relato breve que publica la colección «El Cuento Semanal», en 1907, donde nos da su visión del matrimonio: «a mis ojos, es algo más que la unión de un hombre y una mujer que se gustan; ha de ser (...) la compenetración de dos espíritus, de dos naturalezas capaces de considerar del mismo modo la vida; que para sufrir y gozar tengan las mismas armas y las manejan de igual manera»<sup>16</sup>. Sobejano deja claro, hablándonos de la protagonista de este relato, que «Soledad es el carácter femenino más noble e inteligente creado por Picón, tan inteligente que descubre el “divorcio moral” antes que el vínculo»<sup>17</sup>.

Según Noël Valis como *profeminista* que fue Picón, «un admirador ardiente de la superioridad femenina como criatura de instintos y sentimientos refinados defendió a la mujer cuando aparecía como víctima del hombre y de la sociedad, pero no pudo apoyar la dependencia plena y activa para miembros del sexo opuesto cuando amenazaron volcar el mundo de dominación masculina. La igualdad al parecer era relativa»<sup>18</sup>.

Nuestro novelista defiende a las mujeres desheredadas de la sociedad, la armonía la encuentra en un mayor acercamiento a los problemas femeninos, sin pensar en su igualdad con la masculina, sino en la comprensión de dichos problemas a fin de que la sociedad fuera partícipe de ellos y de las transformaciones que deberían resultar con el paso del tiempo. Acierta al decirnos, en la «Advertencia a la edición» de *Dulce y sabrosa* de 1909: «pues no es posible,

---

<sup>16</sup> J. Octavio Picón: «Desencanto», en *Desencanto*, Obras Completas IV (Madrid: Renacimiento, 1925), pp. 7-70, cit. p. 63; En *Sacramento* casi con las mismas palabras afirma lo que es el matrimonio: «Lo que moralmente constituye, no ya el matrimonio, sino la mera vida en común, la inteligencia de alma a alma, la delicia de estar juntos, de pensar y sentir lo mismo y hasta de adivinarse las ideas, el gusto de ceder, el ansia de agrandar...» p. 309.

<sup>17</sup> Gonzalo Sobejano: «Introducción» a *Dulce y sabrosa*, p. 35.

<sup>18</sup> N. M. Valis, p. 188.



y menos en nuestra época, que el literato y el artista sientan y piensen ajenos al ambiente que respiran. Quien carece de fuerzas para conquistar la costosa gloria de adelantarse a su tiempo, tenga la persistente virtud de servirle: así lo he pretendido; más él ha caminado tan deprisa, que hoy a caso parezcamos tímidos los que ayer fuimos osados. De éstos quise ser: de los que al estudiar lo pasado y observar lo presente procuran preparar lo porvenir y se esperan con ello»<sup>19</sup>.

En *Sacramento* hace un buen análisis de las transformaciones sentimentales que surgen en la sociedad española en dos generaciones, aquellas que representan una madre, Consuelo, y su hija Sacramento. Ambas han sufrido las consecuencias de tener malos maridos, que las han engañado y utilizado a conciencia, mientras que para Consuelo es más importante el «qué dirán» de las gentes a su propia libertad: «La contuvo el miedo, pero no la voz de su conciencia que de nada la acusaba, ni la veleidad del hombre que la quería, sino el juicio del prójimo y aún de sí misma. Estaba dominada por un sentimiento muy confuso y complejo, en el cual entraban, en proporciones imposibles de aquilatar, la falsa y atávica noción del honor creada por el ambiente social, el orgullo del propio sacrificio y el cobarde abandono de aquel derecho a la felicidad que en sus momentos de doloroso afán la exasperaba, sin ser nunca bastante poderoso a infundirle arranque para rebelarse; todo ello, agudizado y exacerbado por terror a perder la estimación ajena. Se moriría de vergüenza ante la posibilidad de ceder, como si su flaqueza hubiese de robarle, no sólo el respeto de las gentes, sino hasta la estimación del que tomara por dueño»<sup>20</sup>. Su hija Sacramento, ante la misma disyuntiva de saberse abandonada por su marido y enamorada de otro hombre, toma la decisión de irse a vivir con quien ama. Ante los lloros de su madre recliminándola que va a luchar contra la opinión de las gentes, la deshonra, la censura de todo el mundo, dice: «Dios ha creado al hombre y a la mujer para que, amándose, sean felices le bendigan; no para que uno soporte la iniquidad del otro y ambos lleguen a dudar de su justicia; el que obra mal porque se lo permiten, y el que padece porque no puede defenderse. ¡No, madre! De la sabiduría infinita no viene lo que es ignominia y dolor: eso lo hacemos aquí abajo. Ni la divina misericordia transige con la traición. ¿No dicen que porque Satanás se rebeló contra Él lo desterró de la gloria? Pues bien podemos nosotros arrojar del cielo del amor al demonio de la traición»<sup>21</sup>.

Picón representa en sus novelas la libertad e independencia de la mujer a la hora de elegir marido como de abandonarlo si éste no cumple el «pacto matrimonial» burgués de ser honrado, trabajador y fiel. En *Sacramento* va mucho

<sup>19</sup> J. Octavio Picón: *Dulce y sabrosa*, p. 65; A. Ezama analiza que los cuentos de Picón: «se proponen plasmar la belleza y sacudir las conciencias rechazando las ideas del pasado y luchando a favor de las esperanzas en el porvenir; (...) estos objetivos pretenden alcanzarse mediante la captación de la realidad contemporánea», en «El cuento entre 1864 y el fin de siglo», p. 710.

<sup>20</sup> J. Octavio Picón: *Sacramento*, p. 163.

<sup>21</sup> J. Octavio Picón: *Sacramento*, p. 311.

más lejos al considerar que si el hombre es «libre» para cometer la infidelidad, la esposa también lo es cuando el marido la «deshonra».

Recoge las quejas de las damas de las clases altas y medias, denunciando los malos tratos físicos, psicológicos y morales que sufren al estar casadas «desgraciadamente» con *malos maridos* que gastan todas las riquezas «conyugales» en vicios, sin importarles el porvenir de su descendencia. Es el primer escritor naturalista que denuncia el drama social de estas señoras que no pueden separarse, al no existir el divorcio, viéndose obligadas a vivir bajo el yugo de éstos. Lo dice el autor en boca del médico Perico en *La honrada*: «también en la vida social debían existir medios lícitos para suprimir aquellos hombres que por su condición y sus costumbres son dañinos. A juicio suyo, no había Iglesia ni ley, sacramento ni contrato que disculparan la existencia de un caso semejante. ¿Qué voluntad humana ni divina podía sancionar, sin mancharse de iniquidad, aquel infame contubernio del vicio con la virtud, aquel doloroso maridaje de la brutalidad con la resignación? Sobre todo, fuera de leyes, costumbres y miramientos, ¿había él de consentir que Plácida sufriese de aquel modo?»<sup>22</sup>.

Para Plácida, la protagonista de esta novela, otra *mal casada* piconiana, la separación está socialmente mal vista, culpándose siempre a la mujer del fracaso del matrimonio. Cuando es maltratada por su marido, va a pedir consejo a su abogado, Don Manuel, le dice: «La separación no es un remedio radical, porque no quedas ni soltera, ni viuda, ni casada; pero, al menos, no tendrás que sufrirle al lado día y noche. Ahora hay fundamento para pedir esa separación; no te ha traído a casa la querida, pero te ha pegado. La separación no es más que un paliativo; solución completa no existe, ni que seas buena ni que seas mala. Así lo quieren la Iglesia, la ley y las costumbres.

—Tiene usted razón —repuso ella amargamente—; no hay salida honrada. En cambio, si yo quisiera, con doblez, traición y mentira todo se arreglaba. Me echaría un amante, aguantaría el martirio de la casa a trueque de lo que gozase en otra parte, me repartiría entre dos hombres..., esposa de uno, querida de otro, y ¡a vivir! Tenga usted por seguro que ningún caballero dejaría de dar la mano a mi marido; ninguna señora me cerraría las puertas de su casa. Pero si me separo así, del modo que usted dice, legalmente, ¿piensa usted que al cabo de un año habrá quien se acuerde de las causas de la separación? Los maliciosos sólo verán en mí una mujer que ha querido ser libre para poder ser mala: los indiferentes serán inducidos a pensar lo mismo, ¿y acaso hay en el mundo quien no sea indiferente o malicioso? Usted lo ha dicho antes: la mujer separada de su marido no es soltera, ni casada, ni viuda»<sup>23</sup>.

El novelista denuncia la falta de una legislación para aquellas que se apartaban de sus maridos, no para conseguir la libertad, sino para dejar de sufrir sus

<sup>22</sup> J. Octavio Picón: *La honrada*, Obras Completas II (Madrid, Renacimiento, 1924<sup>4</sup>), pp. 268-269.

<sup>23</sup> J. Octavio Picón: *La honrada*, pp. 350-351.

iniquidades. Sostiene Scanlon «el derecho del hombre a la obediencia de su mujer estaba fundado en su supuesta superioridad moral e intelectual, y aunque no se negaba que había casos en los que se abusara brutalmente de ese derecho, se les quitaba importancia por ser excepciones desgraciadas, pero insignificantes, que no demostraba nada más que “en todos los estados de la vida hay felices y desgraciados... como hay enfermos y sanos, ricos y pobres”»<sup>24</sup>. La machista sociedad decimonónica no se dio cuenta de las repercusiones que esto traía, minimizando el problema sin comprenderlo. Nuestro autor se encarga de denunciar que en la clase alta se daban más casos de los que se podía uno imaginar, siendo ya a finales de siglo un problema social que urgía solucionar.

Jacinto Octavio Picón denunció en sus novelas estas injusticias, se adelantó a su tiempo a la hora de valorar las soluciones, siendo esperpénticas a los ojos de muchos de sus coetáneos, pero el tiempo le daría la razón. Las heroínas de nuestro autor son «víctimas» de la sociedad que les tocó vivir, o «eróticas y hermosas musas» a las que adorar, pero es siempre consciente que el papel femenino estaba cambiando a la par que las transformaciones económicas y sociales. El que reconociera su derecho a la independencia económica, es síntoma de que no estaba equivocado. La mujer *moderna* se diferencia de la tradicional en la libre capacidad de elegir su vida, y en el modo y la manera de vivirla.

---

<sup>24</sup> G. Scanlon, p. 127.